

afectuosos se saludan, se hablan, se brindan y fuman tabaco. Oh! la *Sociedad* es muy bella, muy hermosa. Esperad un instante: ya entran. Están en junta, hablan, se saludan, todos le oyen: mutan. Todos dicen lo mismo, ya se ve. El plan es excelente, las indicaciones oportunas, el diagnóstico el mismo. Se retiran, se lavan las manos, se las estrechan, afectuosos se saludan. ¿No estáis oyendo lo que dicen los que se han quedado? Atended.

“Que chasco se llevó el Doctor N... con el enfermo R; le llamaron, le ordenó una sangría, á larga mano, en ella espiró el paciente; que bárbaro! nunca ha sabido nada”

“Es muy torpe, dice otro: es muy presuntuoso, es un ignorante; nunca le llamaría yo.”—Y esto mismo, van diciendo hasta que queda uno solo. Sin embargo, ya visteis que se dieron las manos, que atentos y cariñosos se trataron. La *Sociedad*, la *sociedad* así lo exige.

Un abogado le dice á otro: “Compañero, U. sabe que le aprecio, que siempre le he distinguido, que he sido admirador de su talento, de su integridad, de su saber” y este mismo apenas vuelve la espalda aquel, continúa: “Don Jeremías ha perdido su pleito por la torpeza de este hombre, que lo ha enredado, y es causa de su ruina, pueda ser que le hayan dado algo, porque yo he oído decir...”

“que no me consta, que le gusta el *alpiste* y quien sabe... yo no respondería de su honradez”—La *Sociedad* la *sociedad*; vedla otra vez en fuego como antes para cubrir ese ataque á la reputación.

Carolina es muy querida por las visitas, nada hay para ella mas gustoso que ese ir y venir, salir, ir y volver de sus amigas. Nada mas grato que recibir las en su casa, visitar las de ellas. Dar un parte de muchas ir á temporadas, volver á la capital y siempre, siempre visitar. ¿Veis? ¿Observais el estado de Carolina? allí estan Adela, Juana, Chucha y mil otras amigas. De todo hablan, de todo tratan.—Hermosa familiaridad brilla en aquel corto espacio. Cualquiera diría que el cariño, los recuerdos de la infancia, las afecciones del corazon las unen. Ya se retiran, se ofrecen volverse á ver, se despiden, se dan la mano, se besan reciprocamente.

Bien oíd, oíd ahora: pocas son las que se van quedando; oídlas.

“Jesus, que insufrible está Adela, toda ella es orgullo, presunción, necedad. Qué traje tan impropio trae Chucha, cada día es mas descuidada en los adornos.”

“¿Si creerá Adela que Federico se casa con ella? Que infirio tiene para ella su padre está arruinado, ella es en paucos, cualquier cosa, talento Dios lo dé, juicio, ni cuando esperarlo.”

“Se emboquece Juana con un baile, dice otra; es para ella un paraíso. Bastantes disgustos le cuestan siempre á su mamá. Primero faltaría el sol que ella en cualquier fiesta, siempre se está prodigando, qué fastidio!” Y mil y mil cosas que no todas son para escribir. Un momento ántes, repetimos, cualquiera hubiera dicho que eran amigas y que sinceramente se querían. ¿Que quiero U? la *Sociedad*, la *Sociedad*, brota de su seno esos cuadros que débilmente bosquejamos.

Penetramos en el gabinete de aquel jóven escritor. Cinco ó seis amigos, poetas, músicos, le acompañan. Forman y leen algunos periódicos del *alguno* y otra revista, tal cual libro que bajen, ó que en voz alta leen para dejarlos al *alguno*. Le sacan del bolsillo algunas composiciones; se sientan, se agrupan cerca del autor. Todos oyen, todos aplauden.

“Vente *¡vaya!*” esclama uno; hermoso en su acento, dice otro; brillantes en sus acentos, oportunos conjeturas, bien, bien, dicen otros interrumpiendo al lector.

(Continuará.)

ANÉCDOTA.—En los Estados Unidos ha tenido lugar el siguiente hecho.

—“Caballero, ¿tiene usted la bondad de leerme este papel?” dice un hombre de no muy buena traza á un sujeto elegantemente vestido. —Voy á hacerlo, responde éste, y se dirige á un farol inmediato, á cuya luz lee lo siguiente:

“Sida usted un grito, si pronuncia usted una sola palabra, le clavó un puñal en el corazon: deme usted en seguida su reloj, su cadena y su bolsillo; y siga usted después su camino.”

El caballero, sorprendido y aterrado, entrega al desconocido, sin pronunciar una sola palabra, los objetos que le ha pedido, y ambos

echaron á andar en diferentes direcciones. Pero á los pocos pasos el caballero encuentra un agente de policía, le cuenta en breves palabras lo que le ha pasado, y viéndolo á lo lejos (toda vía al desconocido, le alcanzan, le detienen y le llevan á la cárcel.

Llega el día del interrogatorio, y el acusado escucha tranquilamente los cargos que le dirige el juez, jugueteando con la cadena del reloj robado.

Terminada la acusación, el presunto reo se levanta y en frases correctas manifiesta al juez que tiene la desgracia de carecer de instrucción, que no sabe leer ni escribir, y que habiendo encontrado en la calle un papel, que tal vez podría ser importante, rogó á un caballero que pasaba lo leyera, que en su oído decía; que el caballero se acercó á un farol, leyó el papel en voz baja y sin hablar una palabra le dió el reloj, la cadena y el bolsillo, echando á andar inmediatamente sin darle tiempo para recomponerse de su sorpresa, ni para preguntarle lo que aquel premio significaba.

Que esto le habia hecho creer que aquel papel tendria algun valor, y que el reloj, la cadena y el bolsillo le habrian sido dados en premio de su hallazgo.

El tribunal escuchó atentamente estas razones, y el acusado fué absuelto.”

A ULTIMA HORA.

Ya en prensa este número, llegan comunicaciones oficiales de los Señores Comandante y Gobernador de Choluteca, datadas el 26 de Octubre, avisando haber ingresado á aquella ciudad el Sr. General Don José Bonilla, el Señor Coronel Don Joaquín Chevez y el Licenciado Don Tiburcio Bonilla, que estuvieron al servicio de la revolución; y que el 27 continuaban su marcha para esta Capital.

Dichos Señores confirman las noticias que publicamos sobre Nicaragua; y añaden que el ejército constitucional, al mando del Señor Guzman, estaba á unas pocas leguas de Leon, en número de cuatro mil hombres; que el pánico se habia difundido en toda la población, y que los militares y familias que podian, emigraban.

El General Sarria, con otros mas estaban para llegar á Choluteca.

IMPRESA NACIONAL.